

ella delante de un hombre, y meterse con él entre las sábanas.

Como ves, lectora bella, no es el novelista quien lleva a primer término la brutal materialidad del sexo.

Y don Cecilio Cacao de Capacaída, y la tía, y el padre, y la muchedumbre, y el público, y la sociedad entera, que proyectan sus valores morales a la sombra de una glándula.

Méllita y Mauro se habían encontrado en un mundo purísimo: puro como puede únicamente encontrarse en las montañas; el acoplamiento entre ellos había sido determinado por una fuerza superior a su voluntad, ciega como la que guía a la abeja de una salvia en otra; una afinidad física, una sensualidad isócrona, un instinto que no puede analizarse, habían creado la felicidad de sus cuerpos y de sus espíritus, sin que cálculo alguno la empañase; la casualidad del encuentro y la falta de planes para el porvenir y de preocupaciones por el pasado, habían dotado a su amor de la sublimidad de un símbolo.

Pero he aquí que un Cecilio Cacao cualquiera, un mentecato celador de cárcel ensucia su pureza en nombre de la moral, y con sus inmundas manos de roedor de uñas, agita un objeto hallado en un cajón de Méllita, un objeto higiénico que nuestras mujeres tienen, después de todo, la torpeza de usar muy poco, o de no usarlo nada.

La mirada de los parientes de Méllita se había puesto por un momento en sus órganos. Se hablaba de moralidad, de bien, de mal, de honesto y de pecaminoso, pero la atención de toda la familia estaba concentrada en el sexo de la muchacha.

La familia, núcleo de la sociedad.

Señora, si usted quiere ser feliz, retírese a un islote perdido en el Océano, o a un peñasco desierto como el escogido por Sándor. Pero nunca en

el mismo de Sándor, porque correrían ustedes el riesgo de hacer, entre los dos, una nueva familia.

La familia, mal tremendo, causa de infelicidad, de errores y delitos. Los adolescentes se destruyen a sí mismos con vicios solitarios, porque los procreadores, en su manía al sexo, les impiden sus naturales funciones. Los jóvenes contraen enfermedades funestas, porque no pueden desinfectarse sin infundir sospechas; las muchachas quedan encinta porque en casa no hay facilidades para el lavado; abortan (o mueren de peritonitis) no siéndoles lícito confesar su embarazo, o matan el feto, no atreviéndose a mostrarlo al mundo, a este sucio mundo que frente al milagro de la maternidad tiene todavía la estupidez de preguntar si nueve meses antes la mujer se había entregado en cama, en barca o en la hierba, y si el macho había antes firmado cierta acta y dicho un «sí», ante una panza municipal, fajada con un gran lazo tricolor, a franjas.

7

Un libro abierto en una mano, y la otra abandonada a la japonesa. Mauro Mauri, cubierto hasta el cuello por un peinador blanco, miraba a la asiática muchacha en el espejo de en frente, que con el espejo opuesto multiplicaba hasta el infinito la pantalla amarilla, el peinador blanco y el rostro color de azafrán.

—¿He hecho mal?—silabeaba ella con una vocecita puntiaguda como sus lancetas, sin levantar la vista de su trabajo con la lima, temerosa de haber cortado el margen de la uña o de haber desflorado la carne.

De los camerinos próximos, al otro lado del tabique ligero, convencional secreto de esa clase de tiendas, filtrábanse indistintas voces de caballeros, resobadas fórmulas de cortesía profesional, frases en francés, diálogos breves, interrumpidos por el aliento afanoso de una bomba de vapor, el resoplido metálico de un desecador, el sumergido de las tenacillas en una cubeta, con un efecto análogo al producido por una gota fría resbalando a lo largo de la columna vertebral, o por el chillido de un hierro candente.

De cuando en cuando el tintineo del sonoro timbre de la puerta, seguido de un leve rumor de pasos a lo largo del corredor, y un fru-fru de faldas, un eco cristalino de voces que pasan y se pierden en los gabinetes inmediatos. Perfume de mujer, resultante del olor de la piel mezclado con el exhalado por las telas, y unido a los efluvios de agua balsámica, al olor del alcohol ardiendo y de los cabellos quemados, en un aire rarefacto, homicida y agotante.

—Señor, la o-tra ma-no—gorjeó con un silabeo sincopado la japonesa, recogiendo los utensilios y echándose atrás en el cojín.

Mauro enarcó las cejas y levantó un dedo para rogarle que callase y se estuviese quieta, y se quedó escuchando unos instantes, como quien escucha una voz conocida.

La reconoció.

—Sigue—y alargó la mano a la occidentalizada *mausmé* (1).

—¡Lucio!—llamó fuerte.

—¿Qué hay?—preguntó de al lado de allá del ta-

(1) Japonesa.

bique la voz de un hombre invisible, y por el camerino inmediato, asomó una cabeza de hombre enjabonada por un lado, rasurada por el otro, encapuchada en una redecilla, e iluminada por un monóculo radiante.

Un poco de aquella espuma de jabón pasó, en el abrazo, de la mejilla de Lucio a la mejilla de Mauro.

—¡Afeminado!

—Alta cirujía.

—En homenaje ¿a qué mujer?

—A la civilización.

—¿Civilización japonesa?

—La luz viene de Oriente.

—¡Ojo con el peligro amarillo!

—¿Has llegado hoy?

—Hace una hora.

—He visto los carteles. ¿Cuánto vais a estar?

—Un mes. ¿No me pides noticias de...

—No.

El peluquero, rizado a lo Byron, hizo brillar la hoja de la navaja, y el actor cómico fué a sentarse en la silla de operaciones.

—Anunciáis dos novedades.

—Dos desastres.

—Comprendo. Pertenece al «mal teatro francés», como dicen los que creen que hacen buen teatro italiano.

—Una de esas dos comedias es deliciosa: teatro parisiense, agudísimo, lleno de finuras. En Italia no basta que las comedias tengan espíritu: se nos pide también sustancia. La otra comedia es demasiado original para tener éxito. No gusta más que lo que tiene una pequeña porción de originalidad, lo que se sale de lo corriente un solo tono. Cuando se sale toda una escala, fracaso seguro. El público no comprende más que lo cortado con arreglo a patrones manidos.

- Pero el autor debe escribir para el público, y no para sí.
- ¡Vieja frase! Hasta mi sombrerero piensa así.
- Te ruego que no me injuries.
- No te injurio. Mi sombrerero es mi público.
- ¿Y la compañía?
- Siempre la misma, menos el galán, que fué sustituido por...
- Lo conozco. Vale.
- ¡Cómo canta!
- ¿También canta?
- Me refiero a la navaja: ¡cómo canta!
- Y el otro, ¿por qué se ha ido?
- Rinó con la primera actriz.
- ¿Ha-go mal?
- Muy bien.
- Que si hace mal a mi dedo. Es una pregunta de manicura.
- ¿No vas a buscarla?
- ¿A quién?
- A tu ex-amiga.
- Jamás.
- ¿Ni irás a verla siquiera?
- Me guardaré muy bien.
- ¿Ni desde un palco?
- Ni desde el gallinero.
- ¿No te interesa?
- Me es ahora indiferente. ¿Quién es ahora su amante?
- Veo que te interesa.
- Pero no me preocupa.
- Pero al preguntar...
- Fué una pregunta así, de paso.
- Ya.
- ¿Quién es ahora?
- Si insistes, no va a ser una pregunta de paso: va a ser una pregunta de hacer noche.
- ¡Qué ingenioso eres!

- Ahora eres tú quien me insulta delante de la japonesa.
- No entiende el italiano.
- Y de mi barbero.
- Yo soy una máquina, señor.
- Lucio, ¿tienes para mucho todavía?
- Dos minutos, señor. Un poco de brillantina en el pelo.
- Entonces, ¡duro a la brillantina! ¿y tú?
- Brillantina también en las manos, en las uñas.
- ¿Qué libro lees?
- «El Póker: proporciones matemáticas y cálculo de probabilidades».
- Para jugar sobre seguro.
- Sí... Es un libro que enseña a renovarse científicamente.
- ¿Con quién juegas?
- Con tres o cuatro amigos, todas las noches.
- ¿Vives aquí?
- Tengo casa.
- ¿Mujeres?
- Una.
- ¿De propiedad particular?
- No. De libre disfrute.
- ¿Del dominio público?
- Hasta ahora no.
- ¿Joven?
- Niña.
- ¿Viuda?
- Soltera.
- ¿Cuesta mucho?
- Poco.
- ¿Famélica?
- Espiritual.
- ¿Dispéptica?
- Deliciosa.
- ¿Dónde la has descubierto?
- En un hotel.
- ¿De camarera?

- De huésped.
 —¿De consideración?
 —De primera clase.
 —¿Pensión?
 —Muchas liras.
 —¿Heredera?
 —No me interesa.
 —¿Hija única?
 —Con hermanos.
 —¡Malo!
 —Y hermanas.
 —Mmmm... ¿Y qué uso haces de ella?
 —La adoro.
 —Uso externo.
 —De rodillas.
 —¿Y ella?
 —También.
 —No debéis estar muy cómodos.
 —Hemos terminado.
 —¿Os separáis?
 —Le decía a la manicura.
 —Yo también estoy servido.

Pago, cepillo, zalamerías, inclinaciones humildes de la japonesa.

Mauro y Lucio bajaron la blanca escalera de pocos peldaños y relucientes barandillas, y salieron a la calle. El actor se levantó hasta el rostro el cuello de piel, y se colgó del brazo de su amigo.

—En una palabra, que vives tranquilo.

—Y no aspiro a más. Vivo tranquilo. Tranquilidad sin límites y sin sombras. He hallado una criatura inteligente, que tiene mis gustos, mi sensibilidad. Sensualmente existe entre nosotros un sincronismo perfecto, y los dos nos figuramos un mismo mañana siempre, porque ni ella ni yo pensamos jamás en el porvenir.

—Pero ¿no hay quien piense por ella?

—Ha vivido siempre fuera de su casa: viaja sola en los expresos internacionales y en los trasatlánti-

cos; es huérfana de madre; el padre tiene una amante en cada ciudad de población superior a cien mil habitantes, y trata a los ministros como tratas tú al avisador de tu teatro. Se me ha entregado sin pedirme nada, más que amor; sin hacerme prometerle nada, más que una tarjeta postal; sin anunciarme peligros ni aplastarme con amenazas; viene cada día a mi casa a...

—¿A renovar las flores de los búcaros?

—A eso también.

—¡Qué líricos sois!

—Pero ella no es tontamente lírica: al hacer ese gesto de la renovación de las flores, un poco literario, lo despoja de todo sentimentalismo convencional, canturreando las estrofas maltusianas de Papini (antes de la conversión) o un estribillo picante aprendido en un *tingeltangel* (1) de Viena. Me brinda una jovialidad de muchacha; sabe ser una buena compañera, lo que los franceses llaman *un copain* (2).

—Y una vez agotado vuestro repertorio de ternuras y tibiezas, ¿qué hacéis en casa?

—Revelamos negativos, hacemos tinturas al estilo de Java, con extractos de hierbas que preparamos nosotros; cortamos y cosemos pantallas y cojines. Diariamente cambio de sitio las lámparas, para lograr rincones misteriosos. Luego, he electrificado la casa: estufa eléctrica, ventilador eléctrico, cafetera, tetera, hornillo para tostar el pan, eléctricos; siempre hay que hacer alguna reforma en la instalación, y en cuanto ella se ocupa en eso, por lo común me hace saltar los fusibles. Es divertidísimo.

—En una palabra, que embellecéis vuestro nido. Pasatiempos de canarios.

—El amor se forma de pequeñas cosas humildes.

—Y tontas. No te encadenará mucho tiempo esa mujer.

(1) Cabaret.

(2) Un compinche.

—Te equivocas. Posee el gran arte de no pedir, de no pretender, de no valorizar. Te juro que muchas veces he sentido que la amaba de una manera tal que estuve a punto de proponerle el casarnos.

—Para no amarla ya.

—No me entiendes.

—Eso dicen todos los que no saben explicarse.

—No entiendes el amor: lo ves a través de las comedias ligeras que recitas, y a través de las escenas de esas mismas comedias que las actrices, fuera del teatro, recitan en tus brazos: te has acostumbrado a las histrioncillas que se lavan la cara con vaselina, y cuando se abandonan sobre la otomana parece que esperan la varita del encantador.

—¡No ultrajes a mi clase!

—Algunas cosas sé yo de tu clase; y algún ejemplar he conocido que me ha hecho enloquecer.

—Desvarías, en efecto.

—Aquella pérfida criatura...

—Pérfida, es demasiado.

—¿La defiendes?

—Yo, no.

—Lo parece.

—Me defiendo a mí mismo.

—¿Eres, por casualidad, su actual víctima?

—Por casualidad. Has dicho bien.

—¿Eres su amante?

—Débilmente—admitió el actor.

—¡Cuánto me satisface!—se iluminó Mauro.—Nos produce una curiosa sensación el saber que un amigo nuestro es amante de la que fué nuestra amante; es una especie de Collar de la Anunciata que hace primos.

—La causa de la aventura eres tú mismo. Cuando la dejaste en la alta montaña ella telegrafió a todos los actores esparcidos en reposo por la península, y en pocos días reunió la compañía. Después de la primera función me llamó a su camerino, para decirme que tú eras un canalla.

—¿Y lo creíste?

—Era mi deber de actor contratado. Crisis histérica. Trato de calmarla; se me pone a llorar; me empapa un frac, estropeándomelo.

—¿Y después?

—Me contrata para tres años.

—¿Y te ha estropeado más trajes?

—No, porque desde entonces, cuando tengo que consolarla, voy en pijama.

—¡Pobre amigo mío!—lamentó Mauro.—¡Cuando pienso que eras tú mismo quien me aconsejaba que la dejase!

—Los higienistas aconsejan prevenirse contra los bacilos, pero son los primeros que adquieren las infecciones.

—Yo vivo aquí—dijo el actor, cuando se hallaron ante la puerta de un hotel.

—¿Ella también?

—Es natural. ¿Cuándo vuelvo a verte?

—Cuando quieras.

—¿Esta noche, después de la función?

—Yo, por la noche, juego mi partida con tres amigos. Ven a buscarme cuando salgas del teatro, ¿te parece?

—¿A qué café?

—Al de siempre.

—¡Qué constancia!

—Un humorista ha dicho que es más fácil cambiar de religión que de café.

El actor empujó la puerta giratoria y desapareció en el vestíbulo, saludado militarmente por un muchachito de uniforme rojo y gorra atravesada, sobre el cráneo esferoidal.

Mauro compró un periódico, subió a un tranvía que iba en dirección a la colina, y leyó el dramático suicidio de una modistilla que, no pudiendo obtener el consentimiento paterno para su matrimonio, se abrió el vientre con unas tijeras, en la misma presencia de sus progenitores consternados.

Y pensó: los consternados progenitores que se oponen a un matrimonio así, deberían tener un fin igual con las mismas tijeras.

Dió al cobrador del tranvía una moneda, y recibió, en cambio, una porción de saliva, servida en un recángulo de papel.

Un niño, de rodillas sobre el asiento, le puso un pie en sus pantalones impécables.

«No he comprendido nunca—dijo él para sí—por qué no dejan subir al tranvía a los perros grandes, y en cambio admiten a los niños pequeños. Sería mejor admitir a los perros y hacer que los niños siguieran el tranvía corriendo.»

Dobló el periódico, bajó y fué a salir a un camino desierto, en ligera pendiente, un camino lleno de silencio; las desiertas aceras corrían a lo largo de pequeñas villas señoriales: estudios de artistas, jaulas de oro para entretenidas de hombres serios; entre las piedras de la grava, veíanse algún que otro deshilachado manojito de hierba.

Se paró. A aquella hora Mélitta le esperaba en su casa, vestida ya con el pijama de hombre, pronta a disponer en los fruteros los recordetes kakis y los áureos albérechigos, o a tostar rebanadas de pan en el hornillo eléctrico, o a canturrear: *Yes, we have no bananas* (1), dando saltos de pescado chino, que es el mejor trazador de curvas doradas en los azulados acuarios de reflejos lunares.

Entró. Oscuridad.

—¡Mélitta!

Encendió la luz, y se detuvo, con la mano en el interruptor. Levantó el tapiz, y buscó en el aire el olor de los cigarrillos.

Se asomó a la ventana, escudriñando el camino desierto. Se fué a la portería: no la habían visto. Cartas, ninguna. Volvió a entrar: escribió cuatro

(1) ¡Sí! tenemos bananas.

palabras en un papel grande y lo dejó en sitio bien visible, en el suelo.

Y salió.

En cada carruaje, en cada automóvil detenía su mirada, y de cuando en cuando se volvía.

—¡Mauro!

Y sacando la cabeza por una ventanilla, Mélitta ordenó al cochero que se detuviera.

Mauro subió y dió su dirección.

—¿Venías a buscarme? ¿Dónde? ¿A mi casa?

—¿Por qué este retraso?

—Una bronca con los míos, por causa del estúpido mahometano.

—¿Grave?

—Reparable.

Y añadió:

—Me figuro.

Bajaron. Ya en casa, ella se le echó al cuello con una desesperada ternura, y mirándole fijamente, probó con una suprema sonrisa a contener las lágrimas. Pero he aquí que los lados de la boca se ahuecan como dos paréntesis, el labio inferior adquiere un leve estremecimiento, el mentón tiembla también, y toda su personilla vibra como una cuerda.

Era la primera vez que la veía llorar.

¡Pobre niña, tan querida, tan sensitiva! ¡Tenía párpados, y ojos de muñeca, y alma errante de continuo por horizontes lejanos!

El amante la tomó sobre sus brazos extendidos, y tuvo como miedo por la ligereza ingravida de aquel cuerpo sutil, que en un abandono de brazos, de cabello y de piernas colgaba desvanecido.

Cuando fué colocada sobre la vellosa piel del diván, abrió los ojos y sonrió.

—Habla—rogó Mauro.

Por toda respuesta, ella se enderezó, se volvió a coger a su cuello, se echó hacia atrás, y cayendo contra los almohadones, estrechó entre su seno y sus brazos la cabeza del amante.

—Nada, nada—murmuró ella. Y esforzándose en reír, añadió:—Soy una señorita como las demás. Tengo también mis días de nervios.

Y apoyando las piernas en el borde del diván se levantó con agilidad de gimnasta.

—Agua, té, azúcar, manteca, pasta de anchoas, fruta seca, fruta cocida.

Mauro fué detrás. Ella puso el enchufe del hornillo eléctrico, se secó los grandes ojos, se retorció como los peces chinos en el acuario. ¡Pobrecitos! También ellos eran víctimas de eso que se llama el ambiente: ¡el ambiente! Palabra descolorida, gris, engañadora, cosas horrendas que se encierran al mismo tiempo en bellas palabras gentiles; las peores enfermedades tienen los nombres más armoniosos: tisis, sífilis, cáncer...; los explosivos más terribles tienen los nombres más graciosos, que pudieran pasar por caricias de enamorados: dinamita, cresilina, melinita... El ambiente, inocente palabra, indica esa cosa funesta que obliga a los peces rojos y amarillos de Mauro a retorcerse sobre sí mismos, en curvas continuas para no dar contra el muro de cristal. El ambiente es sala de tortura que impide a los peces y a las mujeres seguir un camino recto, obligándoles, por el contrario, a un rodeo perenne.

Méllita, la muchacha independiente, curiosa siempre de fronteras nuevas y de mares distintos, estaba recluída en un acuario.

—¡Qué parados están hoy estos peces!—dijo ella a Mauro, saliéndole al encuentro, para quitarle de las manos la bandeja.—¿Podrías proporcionarme un proyecto de electrificación de los peces?

Una hora después el amante la acompañaba a su casa por un atajo silencioso, envuelto en la niebla de Noviembre, que no entristece aún, pero que insinúa el deseo de tibiezas voluptuosas; esa niebla casi palpable en que los carruajes son luces que andan, y las ramas de los árboles se rizan como mechones de cabellos.

Pasaron un puente tendido sobre un río, en la niebla.

El tintineo de los tranvías insistía amenazador, obligando a los perezosos peatones a apartarse. Entre el hilo invisible y el trolley que corre bajo él, salta una chispa: y es como un brillante de luz. Los mecánicos de los automóviles de alquiler duermen, apoyados sobre los volantes. Una manta de caballo protege el pecho de los radiadores. La niebla pulverizada se fija sobre las ropas como lluvia, y los faroles se alargan en estrellas de luz, en rizos de luz, en nebulosas de luz. Cada minúscula gota se descompone en inciertos circuitos de rojo, tímidos vapores de anaranjado, vaga humareda de amarillo, tenues vibraciones de verde, venas de azul, tibiezas de iñigo y de violeta. Las cosas desconocidas adquieren, al venir a nuestro encuentro, una línea indecisa que rápidamente se afirma, se deforma, se diluye en una disolución irisada. Las ventanas se esconden en la niebla, se revelan, se encienden, se ofrecen en plena luz; pero apenas se pasa ante ellas, el cristal luminoso se enturbia, se esfuma, se llena de sombras, desaparece. Todo un mundo impreciso, narcotizado de gris, desdibujado por medias tintas, se nos revela y huye por las acéras brillantes de humedad, serpenteadas de reflejos cambiables: es como un río humano de personas extraviadas, que se buscan con ansia unas a otras, a través del acolchado de la niebla, que escudriñan las confusas indicaciones de los tranvías, amontonados de improviso, como en un espectáculo de ilusionista. Todo llega de improviso: la señora que se detiene a mirar la hora, encorvándose un poco, para recoger algo de luz sobre la esfera del reloj; el vendedor de globos, que parece suspendido bajo el manojito multicolor de todos aquellos frutos de gas; el kiosko de periódicos, que se creía más lejos, el caballo monumental de bronce, noblemente sudoroso de niebla, que tienen

do a su jinete como perdido en la niebla, parece buscar el camino más recto para ir a la cuadra.

Al pie del monumento, un mendigo ciego lee en alta voz sobre caracteres Braille la historia de Ulises, contada por otro ciego errante de hace treinta siglos, y el perro lazarillo, encogido con elevado desinterés junto al platillo de las limosnas, se masa señorialmente el abdomen.

Despedido de Mélitta cerca de su casa (tenía la boca ardiente entre los frios pelos de su piel de mar-ta) Mauro rehizo el mismo camino; sobre las vueltas de su traje habíale quedado un femenino perfume de violetas y de pieles: el perfume del alma de Mélitta, sentimental como las violetas y salvaje como...

—Siga usted, lectora. Salvaje como...

Lo dicen todas las señoritas, hasta aquellas que se educaron entre monjas. Salvaje como...

—Como una pequeña fiera.

—Justo, señora. Así se dice.

*
* *

Mauro y Mélitta atravesaban esa venturosa fase del amor en que es dulce, una vez aplacados los sentidos, engolfarse en la contemplación de la propia felicidad y en el comentario comprensivo de cuanto rodea; el amor se condensa y solidifica como una esfera, y los amantes se lo tiran uno a otro, seguros de que si cae al suelo rebota, sin romperse ni deformarse. ¡Traidor período! En el pacífico goce de la propia riqueza, no se lucha para custodiar, y entonces se cae en imprudencias, en incorrecciones, en errores de estilo, en faltas de la ortografía del corazón, y se revelan defectos y debilidades. Espadachines demasiado seguros de sí mismos, que se descubren.

Sólo pueden llamarse superiores aquellos amantes

que en este difícil período nada pierden en su recíproco prestigio.

La pureza de Mélitta adquiría de día en día más transparencia, y su ingenio brillaba siempre como una luz nueva.

—¿Y por qué no os casáis?—preguntó a Mauro el actor cómico.—¿Por razones de dinero?

—Sí.

—¿No hay bastante?

—Hay demasiado.

El actor se incrustó en el ojo la lente.

—Hazte analizar la sangre.

—¿Por qué?

—Parálisis progresiva de primer grado. Hablas de demasiado dinero: delirio de grandezas.

—Pedirle que nos casáramos parecería una especulación.

—El matrimonio es un contrato en el que los dos contratantes están seguros de que hacen un buen negocio.

—Los aforismos guárdalos para la galería de las funciones del domingo: jamás han servido de regla infalible en la vida. Yo soy pobre, o poco menos, y no tengo títulos; su padre es rico; sus hermanos son de carrera: uno es médico, otro es subteniente veterinario.

—¡Por Dios! ¡Un veterinario!

—No es cosa de risa. Tú, después de digerir tus revistas científicas, has de tener en más estima a un veterinario que a un profesor de griego; el veterinario estudia cosas reales, útiles, positivas; por el contrario, los buscadores de jeroglíficos egipcios, de canciones provenzales o de charadas filosóficas, no son más que recolectores de antiguallas inservibles, coleccionistas de curiosidad, colilleros de la ciencia, dignos todos de ser tolerados como inocentes maniáticos, que han escogido esta manera de matar el tiempo en vez de dedicarse a la busca y captura de sellos, a los juegos de sociedad, a los solitarios de

baraja, a los acrósticos, a los sonetos de rima forzada. Un profesor de sánscrito, ¿para qué sirve? Pues mucho más digno de encomio es un veterinario que ha descubierto la manera de...

—De enderezar las patas de los perros. Y bien, porque tu amiga tenga un hermano veterinario y un padre rico, ¿renuncias a tu felicidad? Eres grotesco.

—Pero...

—Obsceno.

—No negarás...

—Idiota.

—Reconocerás...

—Ridículo.

—Que yo...

—Despreciable. Anoche, por ejemplo, has jugado el poker, como pudiste jugar a la hermana de la caridad; no has acertado una sola vez.

—He ganado doscientas liras.

Has jugado mal igualmente. Ganar no significa saber jugar. Tener éxito en el poker, en las mujeres y en la vida, no significa merecerlo; a lo más, quiere decir ser afortunado en los encuentros, o sea, contender con un adversario que tiene cartas peores.

Mauro y Lucio andaban a trompazos por las ideas y por las calles. Los indecisos paseantes sin rumbo fijo suelen soltar a menudo los discursos también sin rumbo fijo y sin conclusión. La ciudad, hormigueaba de fermentos nocturnos, que la hacen parecerse a un escenario deshecho después de la representación. En medio de la gran plaza nocturna, un hombrecito hace girar el manubrio de un organillo que parece padecer de laringitis, y en el que la parte más sonora es el ruido de la manivela; vendedoras ambulantes de amor, a precio fijo; guardias de noche, que dejan puntualmente sus tarjetas de visita entre las puertas de las tiendas y la pared, para que los ladrones

sepan a qué hora pueden trabajar sin que se les estorbe.

—Mi proposición de casarnos tendría en ella un gran éxito de risa.

—Nadie se ríe de lo que es natural.

—Lo natural es casarse, claro. Lo convencional, quiero decir. Pues bien, hoy, después de dejarte, cuando salimos de la peluquería, la he hallado tan asustada, que por un sentimiento de protección ha faltado poco para que le ofreciera...

—Entrar en posesión de la cafetera eléctrica, del calentador eléctrico, de la silla eléctrica. ¿Y por qué no lo has hecho?

—Una vagabunda por instinto, una centrífuga, una inestable como ella...

—Pero también los corredores se paran un buen día, y hasta los sobres se detienen en el punto a donde van dirigidos. Sobre todo, al casaros, podéis viajar juntos, y hacer de la vida un interminable viaje de bodas. ¡Si vieras qué bien se riñe en el tren!

—Lo sé.

A pocos pasos de distancia les seguían los amigos: echados del café con los camareros, apagadas casi todas las luces y semicerradas las puertas, levantaban a golpes de granada la flora bacteriana del pavimento, se ponían a pasear desordenadamente por la ciudad semidesierta, como todas las noches. Al grupo se habían agregado otros amigos, rezagados también, y otros todavía, un poco soñolientos, que se defendían con el reloj en la mano, pero que eran convencidos y obligados a seguirles.

Para alargar la vida no hay más que un medio: reducir las horas del sueño.

—¡Un coche! ¡dos coches! ¡tres coches!—gritó Simonetti, el caricaturista megalómano, vividor anárquico, despertando con sobresalto a los cocheros dormidos. Y mientras se formaba el cortejo, añadió:

—No hay más que un medio para no ir bajo las ruedas de los coches: ir encima.

Los tres vehículos llevaron a los doce amigos a un café nocturno, cerrado ante la ley, pero abierto por el portal para los clientes callados, discretos y propicios.

Mucha luz, flores en el ojal, espaldas desnudas. Numerosas botellas en cubetas de hielo, frías y púdicas, guardando el incógnito bajo blancas servilletas, pretenciosos mantos (¿o sudarios compasivos?) destinados a cubrir el nombre indígena y las medallas de las exposiciones locales.

Gente que fuma y que ríe. Cortesanas inequívocas, camareros que ofrecen tabaco de contrabando, caballeros por encima de toda sospecha, vistos a menudo en los carteles de las grandes películas. La fotografía de alguno de ellos tomada de frente y de perfil, con firma autógrafa y huellas digitales, se conserva en el archivo de las comisarias.

Es el ambiente ambiguo, envenenado de elegancia, de alcohol, de anhídrido carbónico, de alcaloides, que ha nutrido las novelas de estos últimos tiempos, poniendo, por fin, en el que lee y en el que escribe un desec de ir sin corbata por las calles, con los bolsillos llenos de frutas para mondar con los dientes, deteniéndose a beber en las fuentes y a esputar contra los periódicos literarios colgados en los kioscos, o en las cancelas refinadas y parafinadas de las mansiones de lujo.

Un camarero saludó, describiendo un giro en el aire con la servilleta, y recibió órdenes.

—¿No es cierto, Angel, que haría bien casándose?

—Desde luego—respondió Paschetta.—Es el consejo que yo le doy todos los días.

—Pero para burlarte de mí cuando lo hayas conseguido.

—Nos comprometemos — prometió solemnemente Paschetta — a no hablar jamás de tu matrimonio. Cada hombre tiene su mancha de aceite. La tuya

será esa. No te la reprocharemos nunca, como si la ignorásemos. La vida animal tiene necesidades muy odiosas, que se cumplen sin consultar a los amigos, y sin que los amigos le pregunten a uno en tal sentido. Tu matrimonio lo consideraremos una de esas cosas que no se sacan a la mesa entre gente educada.

—Pero cuidado con hacer moluscos humanos—in-tervino Carlos, el pintor escéptico.

—¡Niños, no!—dijo Paschetta.—Los nacimientos deberían regularse como ciertos ejercicios públicos: uno por cada mil habitantes.

—¡Casáos!—le increpó Casamadera, fotógrafo sin problema central.—No hay más que dos categorías de hombres: los que han tomado mujer y los que se arrepienten de no haberla tomado.

—¿Y los que se arrepienten de haberla tomado?

—Entran en la primera categoría.

Piti, escritor antiliterario, vació de un trago su cerveza Metzger, rubia y fría como una inglesa, y que como el amor de las inglesas deja un leve amargor de lúpulo en los labios. Y dijo:

—Admitirás, querido Mauro, que el amor gratuito, el capricho a título de favor, pueden pretenderse sólo hasta cierta edad. Pero después, se paga para dejar la entrada gratuita a otros. Tú hasta ahora, como todos los solteros, has comido bocadillos de felicidad, es decir, aventuras. Con los años comprenderás que de esos bocadillos no se vive; que es preciso comer fuerte y bien... Tú, además, en tu posición...

—No tengo posición.

—Razón para hacértela, casándote. La sociedad lo exige.

Paschetta aprobó:

—Cuando se vive en un país de supersticiones, hay que adaptarse a los usos y costumbres. Esa mujer, que es rica, te ofrece el medio de sacarle a la vida todo el rendimiento que la vida puede darte: productos y subproductos.